

Ernest Lluch y la cultura

Cuenta Joan Esculies en la biografía *Ernest Lluch, vida d'un intel·lectual agitador* que uno de los primeros actos de Lluch como ministro de Sanidad fue... una cita cultural. El 11 de diciembre de 1982, el integrante del gabinete de Felipe González asistió a la Nit de Santa Llúcia en Tortosa. Allí, después de que un grupo de independentistas le insultara con gritos de “loapista”, “fascista” y “vete a Madrid” –hay cosas que vienen de lejos y que ya no sabemos si tendrán remedio– recordó que había luchado muchos años por la democracia y la cultura catalana, y expuso que “som molts, o alguns, que creiem que Catalunya té la seva llengua de la qual no es pot prescindir. Que cal treballar aferrissadament per ella, però que al mateix temps hem d'entendre Catalunya en tot el que és el seu conjunt, en què és tota la seva existència real”.

En ese discurso citaba a Salvador Espriu, quien días más tarde le enviaba en agradecimiento tres poemas copiados de puño y letra: *Les paraules*, *Dreçat en el ponent* y *Cançó de bressol*. Según Esculies, Espriu era el poeta favorito del político desde la edición de *La pell de brau* en 1960, cuando se convierte en símbolo del antifranquismo con una “oda a l'esperança d'una Espanya en la qual cabria tothom quan caigués la dictadura”.

Lluch, que de muy joven recorre la Península como comercial de la empresa paterna y que estudia Económicas, desarrolla como su maestro Fabián Estapé un amplio

Polifacético como su maestro Estapé, fue editor, articulista, ensayista, investigador y rector

abánico de intereses culturales. En 1960 interviene en el relanzamiento de la revista *Serra d'Or*, en la que colabora toda su vida; frecuenta a Vicens Vives; a partir de 1963 dirige la colección de libros económicos de la editorial Oikos-Tau. Para su tesis doctoral sobre los economistas catalanes del siglo XVIII se familiariza con los principales archivos del país, a los que no dejará de acudir. En su etapa valenciana –una de las partes más interesantes del libro– estrecha una gran amistad con Joan Fuster...

Articulista, ensayista, rector de la Universidad Menéndez Pelayo, el importante perfil cultural de Lluch, no del todo atípico entre los políticos antifranquistas de su generación, resultaría hoy una rareza en nuestra vida pública. Le traté en algunas ocasiones y lo heterogéneo de sus fuentes de información le aportaba originalidad analítica. En la trayectoria del premio Gaziél, que conceden la Fundación Condes de Barcelona y la editorial RBA y de cuyo jurado formo parte, la biografía de Lluch –uno de los mejores títulos galardonados hasta ahora– viene a sumarse a las de Martín de Riquer por Cristina Gatell y Glòria Soler, Carmen Laforet por Anna Caballé e Israel Rolón, Trias Fargas por Jordi Amat, el libro sobre el boom de Xavi Ayén o las memorias de Luis Racionero y Enrique Barón, de cara a estimular la comprensión de nuestro pasado a través de los itinerarios personales.

